

SOL PIPKIN
SUEÑEROS



Piedras que hablan sobre las piedras. Hay algo sutil en estas obras que Sol Pipkin dispuso como pequeños menhires para fomentar un estado de relajación. Sus piezas tienen un aire contenido y elevado. Es curioso, pero en un mundo maníaco, el trabajo de la artista nunca eleva la voz ni grita: “oh, mírenme, soy una obra de arte”. Por el contrario, su obra baja el *dimmer*, desenchufa los parlantes y exige que la mente del espectador se aquiete. Recién ahí se verá que es de la elegante austeridad, del susurro poético, de donde salen sus creaciones. El arte que transmiten estas piezas no está delante de nuestros ojos; está detrás, nos sostiene sin alardes. Leal a la intuición, Pipkin crea objetos serios, pero gobernados por las leyes del juego, lo que es una buena manera de describir una civilización en sus momentos más luminosos. Caminar entre sus piedras, descubrir sus pequeños

dibujos grabados a cincel sobre la roca, se siente un poco como estar en un sueño donde el que sueña, sueña que se despierta. Podrían ser consideradas “solo piedras”, de la misma manera que las pinturas de Rothko fueron tachadas de “solo un par de rectángulos de colores”, pero al cabo de unos minutos la cuestión del “todo versus la nada” se vuelve sobre sí misma: no bien nos sentamos sobre los Sueñeros para contemplar el paisaje, nos quedamos solas, enfrentadas a nuestras propias elucubraciones mentales y eso, el proyector de imágenes interior que llevamos dentro, se convierte también en parte de la obra.